

CRÓNICA *de la parroquia*

SAN JOSÉ DE AYORA



Cronistas de la parroquia:

Alisson Guacán, Anahí Zambrano, Ángel Ulcunago, Cielo Quishpe, Coraima Quilumbaquin, Eimy Farinango, José Rafael Cacuangó, Kelly Liliana Inlago, Kerlin Caluguillín, Lenin Cevallos, Rosa Lara, Santiago Josa.

Equipo gestor:

Juan Carlos Cabezas y Pablo Salgado.

Noviembre de 2022

RESUMEN

En esta crónica sobre la parroquia de San José de Ayora destacamos las coplas que nacen en contextos festivos y que siguen cantándose; coplas que se siguen renovando en diversas prácticas sociales, como la minga. También se recrean los juegos populares, la gallina ciega, los huevos de gato, los cocos, o la pelota nacional, una práctica que, a pesar de la modernidad, aún se conserva.

Palabras clave: juegos tradicionales, Ayora, tradiciones, coplas, fiestas.

Ayora: las coplas de la picardía

Entre los recuerdos de Alegría Sánchez surge una memoria antigua, pero todavía fresca. Ella es una niña de nueve años que se ha quedado sola. Son las primeras horas de un día frío en la parte alta de Ayora, parroquia del Cantón Cayambe.

Sus padres la dejaron a cargo de la chamiza para la comida, mientras ellos trabajaban en el campo. Se dirigía a la cocina cuando alguien llamó a la puerta. Su madre le había advertido que se asegurara de estar a salvo antes de abrir. Tocaron nuevamente, con insistencia. ¿Qué debía hacer? Sus piernas se tornaron de hierro mientras se acercaba al lugar de donde provenía aquel llamado imprevisto. Pudo dejar las cosas como estaban, pero la curiosidad fue más fuerte.

Abrió la puerta. Apareció un hombre alto vestido como un arriero. A sus espaldas, sobre el pequeño patio de secar los granos, Alegría contó al menos 15 mulas con las alforjas a reventar. El hombre le requirió un poco de agua para las bestias. La niña le alcanzó un balde, luego otro, y algo de panela. Una vez saciada la sed, hombre y animales siguieron camino por la escarpada ladera trazando una cinta desigual en el horizonte.

Cuando llegaron sus padres, la niña relató su experiencia. Como prueba, mostró la huella de los cascos. Sólo en sueños volvió a ver al arriero, a sus mulas y a las alforjas relucientes, pero nunca más se supo del extraño visitante.

Su voz temblorosa teje y reteje esta vivencia, tal como si fuera una chalina nueva, en la que cada nudo representa un día. Poco después, escuchó que el extraño era un ser sin tiempo. Los lugareños decían que el visitante no era de este mundo y que, con seguridad, trasladaba oro y piedras preciosas a lo alto de los cerros, donde los enterraría.

"Debí pedirle de esos oros", dice al final de una de las tantas

historias del escaparate de su larga vida. Para los ancianos y ancianas de Ayora, recordar es ingresar a un universo fantástico en el que todos han gozado y llorado con una intensidad que ni los años opacan. La sagacidad, la picardía, el doble y hasta el triple sentido son las fórmulas para solucionar cualquier conflicto. Basta preguntar a Juan Arteaga, quien durante mucho tiempo fue peluquero y, en tal virtud, hombro y oído de los ayoreños. A sus 83 años, su vida está ligada al movimiento. Adora el baile, la caminata y compartir con otros adultos mayores. No duda en sacar a una dama apenas escucha el sonar de unos compases. Siempre es el primero en abrir la verbena, en romper fuegos.

El disfrute de una canción popular es algo que va más allá del ritmo. El baile es una excusa para fusionarse con el alma de otra persona. No solo baila con su pareja, baila con la tierra, con él mismo y hasta con la gente que, temerosa, no se atreve a saltar a la pista.

Ahora se saca la boina y la zarandea por todo lo alto, mientras hunde con donaire los talones sobre el parqué de esta sala en la que más de 30 adultos mayores realizan actividades grupales. Muchos han llegado desde zonas altas y han recorrido al menos una hora hasta el centro poblado. Son como los cerros: aguantan frío, hambre, silencio, pero siempre florecen renovados.

El problema somos nosotros: hijos y nietos. Ya no tenemos tiempo para escuchar sus historias que guardan el patrimonio de la memoria. Lo expresan así: *“ahora solo andan con el celular”* o *“lo único que quieren es estar en las pantallas”* y tienen toda la razón.

Grupo de adultos mayores



Fundación Prospecta. Grupo de adultos mayores, GAD parroquial San José de Ayora, Cayambe, Ecuador, 2022.

Antes se jugaba a la “gallina ciega” y hacen una demostración a los estudiantes del colegio Provincia de El Oro, que, en instantes, aprenden de los expertos a sacarle el jugo a la vida. Se arma una ronda con un niño o niña en el centro, y alguien le empieza a dar las vueltas con un pañuelo sobre los ojos y le pregunta:

“Tandacucha, Tandacucha, ¿qué se te ha perdido?”. La escogida contesta una *“aguja y un dedal”*, y comienza a perseguir a los demás. Cuando atrapa a uno, ese niño o niña será la nueva tandacucha.

Se jugaba también a los “huevos de gato”. La idea es hacer unos agujeros sobre el terreno en los que cabría una

pelota. Cada orificio debe estar identificado con la inicial de los jugadores. El juego consiste en apuntar a esos orificios y perseguir a los otros competidores con esas bolas de caucho repletas de números y letras del alfabeto que ya no se encuentran por ningún lado.

Ayora también es tierra de pelota nacional. A pocos segundos de donde nos encontramos, los jugadores baten sus maderas sobre aquella larguísima cancha en la que se desarrolla aquel tenis primigenio, que es sin duda uno de las prácticas deportivas más representativas en la sierra del Ecuador.

Volvemos a Juan Arteaga, que, si de vitalidad se trata, es el perfecto representante. Tiene mucho que decir y no espera: *“les voy a recitar unas coplas de las fiestas de antes, aunque si me hubieran avisado habría traído el rondín”*, dice. Y recita las coplas:

*“Cuando vengo no más vengo, ya sabrán para
que vengo / ya miraron mis ojos, ya me regreso”.
“Maldita la piedra lisa en la que me resbalé,
dame la mano negrita. quizás me levantaré”.*

En la obra “Vida y Coplas” de Johana Cristina Achina se recogen otras expresiones tradicionales de Ayora: Coplas románticas como esta: *“si la luna fuera de queso/partiendo me la comiera/si esa guambra me quisiera/adorando la tuviera”*. O *“Matita de Juyangilla/enredada en el pikuyo/así estará mi amorcito/enredado en el tuyo”*. O *“El sombrero que me pongo/debe ser de terciopelo/ la guambra que a mí me quiera/debe ser guapa y soltera”*.

Según varios estudios, las coplas tuvieron un desarrollo significativo en los años sesenta del siglo pasado, cuando los festejos se realizaban alrededor de la hacienda San José, que es el origen de la parroquia. Su división, en 1965, constituye la partida de nacimiento de todo el lugar.

Los versos cantados, sobre todo por mujeres, habrían servido para animar a los músicos que, por cierto, soportan

intensísimas jornadas tocando sus instrumentos. Las coplas servían para mantenerlos “despiertos” y participando activamente de la fiesta, a pesar de los pondos de chicha entre pecho y espalda.

Volviendo a la fiesta, la comunidad prepara los choclos, las choclotandas; a la par, el fréjol se esparce por el patio, para darle al lugar un ambiente festivo y fructífero. Todos participan y para hacerlo es necesario llevar una careta y un disfraz completo, en el que no podían faltar los zamarros.

En el lugar se juntaban los “aruchicos”, con sus pantalones finos y pequeñas campanas de bronce colgando. Ellos representan a los hechiceros o “brujos buenos”. Las campanillas sirven, justamente, para ahuyentar a los malos espíritus y su influencia negativa.

Con su presencia al frente de las comparsas, los priostes anunciaban las fiestas de San Juan y San Pedro. Su danza encierra una expresión ritual sobre la cosecha. La “rama de gallos” y los castillos son el centro de la celebración. La idea era hacerse de una de las aves de la rama, lo que equivaldría a una especie de bendición. Si alguno de ellos era golpeado con el cuerpo del ave, el “favorecido”, al año siguiente, debe traer “un mediano” o una nueva rama de gallos, explica Juan.

Como se mencionó, el objetivo es asegurar la continuidad de los rituales a través de una buena dosis de picardía. Esta tradición se cumplía sobre todo en los San Pedros, donde también se servía el llamado “caldo de gallo”, con las presas completas del ave.

La costumbre de la “rama de gallos” ya no aparece con tanta frecuencia, sobre todo para evitar el maltrato animal. Cosa similar ocurre con los toros populares. El baile se mantiene. Es común que en las casas lleguen los bailarines en gran jolgorio, mientras los abuelos tienen listo el alimento y la chicha de jora.

Los que no celebraban en casa festejan en los estancos, sitios en los que era posible pasar un buen rato, siempre y cuando se dejara un diezmo de comida y bebida para que fuera disfrutada por todos.

La vida rural es una especie de reloj espiritual en la zona, sobre todo gracias al empeño y disciplina de las mujeres. Ellas son todavía las encargadas de mantener encendida la llama de la vida. Para eso deben cargar las “huascas” o correas para “trigar” con los caballos, preparar la chicha y remojar el morocho o la colada de chuchuca, que se hace a partir de la molienda de maíz más grueso.

Estas actividades nunca garantizaron la subsistencia, por lo que, en su momento, muchas emigraron a Cayambe y Quito para trabajar en el servicio doméstico. Allí convivieron con el dolor y los abusos físicos y emocionales. Muchas jamás regresaron, se quedaron con sus nuevas familias; otras, en cambio, retornaron a Ayora para trabajar en las plantaciones de piretro que, por mucho tiempo, coparon laderas y planicies de la parroquia. En la actualidad comparten sus actividades domésticas con el trabajo en las florícolas que también abundan por el sector. A veces cuidan animales ajenos o se dedican a las ventas informales con un empeño y tesón admirables, a pesar de las duras condiciones.

Sollozan al recordar esas épocas, pero sobre todo les duele el olvido de hijos, hijas y nietos. *“No nos llaman”, “no les importamos”*, dicen despidiendo unas lágrimas que cavan un foso de pena en quienes las oyen, tan o más profundo como el que ahora habita en su corazón. Ellas, que entregaron su vida por la comuna, reciben desamor a manos llenas. Ganarse su confianza, en esas condiciones, es una presea de orgullo.

Cuando Ayora era apenas un caserío, los mingueros y mingueras trabajaron con empeño para transformar este antiguo anejo en una zona pujante para toda la provincia.

Los adultos mayores recuerdan a la perfección cómo trasladaban grandes piedras para apuntalar el empedrado de las calles principales y canalizar las acequias en las vías, lo que contribuyó a dotar de agua a los baños de las casas y dejar atrás la costumbre de usar un cubo de agua para recoger los desechos.

Parque central de San José de Ayora



Fundación Prospecto. Entrada al parque central de la parroquia San José de Ayora, Cayambe, Ecuador, 2022

No hay patrimonio más grande en Ayora que su propia gente. Ellos y ellas, los ayorenses de ayer y ahora, han transformado este antiguo caserío en una parroquia, cuyo nombre, cada día, se hace más grande.

Cronistas Participantes

Alisson Guacán: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro.

Anahí Zambrano: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Ángel Ulcunago: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Cielo Quishpe: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Coraima Quilumbaquin: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Eimy Farinango: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

José Rafael Cacuango: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Kelly Liliana Inlago: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Kerlin Caluguillin: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Lenin Cevallos: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Rosa Lara: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Santiago Josa: Estudiante de tercero de bachillerato del Colegio Provincia de El Oro

Se detalla los nombres de los adultos mayores participantes en este encuentro:

María Achiña, Rosa Achiña, Celia Alba, José Alba, María Alba, Miguel Alquedan, Luz Andrango, Transito Andrango, Arteaga Transito, Juan Cabezas, Dolores Cabezas, María Cabezas, Rosa Caluguillin, María Campues, Humberto Farinango, María Pascuala, Isabel Imbaquingo, María Inlago, Fanny Nafete, María Nazate, Zoila Quilumbaquin, María Quishpe, Cesar Rodriguez, Julia Rodriguez, Alegria Sánchez, América Sánchez, David Sánchez, María Sánchez, Victoria Tuquerres, Carmen Ulcuango.

Referencias

Achina, Johana. (2019). *Vidas y Coplas*. Gobierno Autónomo Descentralizado de San José de Ayora.

Los contenidos de esta crónica fueron trabajados en base a los testimonios recabados por parte del equipo de investigadores y cronistas locales, en la reunión semanal del grupo de adultos mayores de la parroquia de San José de Ayora, llevado a cabo en la sede del GAD parroquial, el día 12 de noviembre de 2022.

